

## A cien años de “La india bonita”

**H**ace una centuria, *El Universal. Diario Político de la Mañana*, publicó un pequeño anuncio en un recuadro de la parte superior derecha de su primera plana. A primera vista, aquel letrero sobresalía de inmediato por la tipografía pesada y por las delgadas plecas que lo enmarcaban. En el titular de aquel texto se informaba: “PARA 1921. Cómo celebrará ‘*El Universal*’ el Aniversario de la Consumación de la Independencia”. Félix Fulgencio Palavicini Soria, director y fundador del periódico capitalino, junto con renombrados colaboradores de aquel medio, se dieron a la tarea de apoyar y organizar cinco concursos: comercial, histórico, literario, pictórico y racial. Este último, conocido popularmente con el nombre de *La india bonita*, sobresalía no sólo por el premio: “TRES MIL PESOS EN METÁLICO, ORO NACIONAL, REGALO DE *EL UNIVERSAL* y los obsequios con que contribuyan todos sus otros admiradores”, sino por su finalidad: “seleccionar al tipo de india mexicana de clase humilde y soltera”.

Con la objetivo de promocionar aquel polémico concurso, el 16 de enero de 1921, en las páginas del periódico se afirmaba: “Nunca los diarios y revistas se han preocupado por engalanar sus columnas con los rostros fuertes y hermosos de infinidad de indias que pertenecen a la clase baja del pueblo. Uno de nuestros redactores, acompañado del fotógrafo, visitará todos los lugares en donde, a su juicio, pueda encontrar indias bonitas”. Siete meses más tarde, el jurado presidido por el director del Departamento de Antropología, Manuel Gamio, emitió su veredicto: María Bibiana Uribe, “india pura de raza mexicana”, que “nació en el pueblo de Huachinango, Estado de Puebla, y tiene actualmente 16

años”, había obtenido el primer lugar. “El color de su piel morena, su cabello lacio y negro y sus manos y pies finos”, fueron motivo suficiente para elegirla como una belleza autóctona.

El retrato de María Bibiana Uribe, obtenido por el afamado fotógrafo poblano Ismael Rodríguez Ávalos, ocupó la primera plana de la edición del 2 de agosto de 1921 de *El Universal*, que para aquel entonces se proclamaba ya como *El Gran Diario de México*. El titular decía: “MARÍA BIBIANA URIBE, DE LA SIERRA DE PUEBLA, PROCLAMADA LA INDIA BONITA...”. En la reseña de aquel suceso, publicada en la segunda sección del diario, se subrayaba lo siguiente:

Descendiendo de sus montañas dejando atrás el jacal en que ella vivía tan apartada del mundo y de sus lisonjas, la India Bonita ha venido, sonriente, tímida, sin sospechar que aquí le aguardaba el trocarse en heroína de un día, en personaje de actualidad palpitante, en princesa de ensueño cuyos ojos de obsidiana serán interrogados por todo un pueblo, ansioso de hallar en ella el halago de ancestral hermosura que brindó mágico hechizo a los ferrados paladines que pasaron con Cortés a tierras de Anáhuac.

Ésta es una historia que ha sido estudiada desde distintas perspectivas; entre éstas destacan las aproximaciones antropológicas, la de estudios de género, la de cultura popular, la de cultura visual, la de historia de la fotografía y la de periodismo mexicano. En este tenor, los trabajos de Ricardo Pérez Montfort y Adriana Zavala, publicados en *Estampas del nacionalismo popular mexicano. Diez ensayos sobre cultura popular y nacionalismo*, y en *Becoming Modern, Becoming Tradition. Women, Gender, and Representation in Mexican Art*, respectivamente, destacan al profundizar en los estereotipos, la imaginaria popular, el nacionalismo mexicano y la revaloración de lo indígena, entre otros asuntos de gran trascendencia.

Otro texto sobresaliente es aquel que apareció en el número especial (mayo-agosto de 2008) que *Alquimia*, publica-

ción del Sistema Nacional de Fototecas, dedicara a las revistas mexicanas ilustradas (1920-1930). Allí, Rosa Casanova reflexionó sobre la cultura visual que se gestó en las revistas mexicanas y escribió sobre la historia de aquel semanario dirigido por Carlos Noriega Hope, que llevara como título *El Universal Ilustrado. Semanario Artístico Popular*, en el que se publicaron diversas fotografías y textos sobre el certamen de “La india bonita”.

Ocho años más tarde, con motivo del centenario de *El Universal*, en un artículo publicado el 10 de octubre de 2016 en la sección cultural del diario, quien esto escribe abordó de nuevo parte de esta historia. En esa ocasión, lo singular fue tener acceso a los hermosos retratos de María Bibiana Uribe, que forman parte del acervo histórico del diario, y a las notas publicadas en el semanario. Recientemente, en el número 68 de la revista *Alquimia* publiqué un texto más en el que estudié la iconografía y la reconfiguración que experimentó la imagen de María Bibiana Uribe; además, doy cuenta de la participación de distintos fotógrafos en la confección de algunos retratos de *la india bonita*. Encontré que a la par de ese evento se desarrolló otro concurso para premiar al mejor retrato. *El Universal* invitó a todos los fotógrafos del país a enviar sus mejores trabajos sobre indias bonitas. Esta competencia fue ganada por el señor José P. Arriaga, colaborador de aquel diario metropolitano, y comprendía un premio de 100 pesos en oro y una magnífica vitrola “que ofreció la Tampico Novelty Co.”.

En una nota publicada en *El Universal* el 23 de julio de 1921, se informaba sobre el resultado del concurso de fotografías, en el que como ya lo informamos, resultó agraciado el señor Arriaga. Se afirmaba que

[...] después de que el jurado calificador hubiera hecho la selección de las once fotografías de las cuales diez formarían la corte de honor de la triunfadora, dedicó sus esfuerzos a estudiar las fotografías artísticas que habían sido enviadas. Había muchas y muy bellas. El número fue copioso, pero después de un severo examen el jurado se fijó en una hermosa fotografía que repre-

sentaba a una indígena en actitud hierática, teniendo por fondo la Cruz del Palenque.

En la nota informativa se afirmaba que los retratos del señor Arriaga contenían un fuerte acento nacionalista.

Un texto crítico sobre la actuación del diario y del suplemento en relación con el tema del indigenismo, publicado en la página electrónica *Artelogie. Recherche sur les arts, le patrimoine et la littérature de l'Amérique latine*, en 2018, puede hallarse en el artículo “1921, el año de la India Bonita. La apertura del discurso indigenista en *El Universal*”, de la autoría de Arturo Albarrán Samaniego.

El lector puede percatarse de que a una centuria, el certamen de “La india bonita” sigue despertando interés entre académicos de distintas áreas que siguen analizando las notas informativas, los artículos de opinión, las crónicas, las reseñas de los distintos eventos en torno a María Bibiana Uribe, así como las fotografías de estudio que se generaron alrededor de este suceso.

En algunas de las crónicas es posible advertir que la ganadora de aquel concurso racial, la representante de la “raza doliente”, de la “raza aborigen”, la “venus india”, no acostumbraba sonreír, tenía una boca pequeña; parecía una mujer sencilla, desconfiada, de una solemnidad extrema. No estaba habituada a ser el centro de atención, se avergonzaba ante los extraños. Las distintas celebraciones y las recepciones en su honor, las galas culturales y todas las deferencias que recibió durante su paso por la Ciudad de México, con motivo de su nombramiento como *la india más bonita del país*, produjeron en su persona cierta incomodidad.

La plática que sostuvo con la *Reina Mab*, colaboradora de *El Universal* — aún ignoramos el nombre real de esta reportera—, es un claro ejemplo de las tantas tribulaciones que tuvo que padecer la llamada *india bonita*. A María Bibiana Uribe no le agradaban las entrevistas ni mucho menos las fotografías, porque estaba segura que la gente rompería los retratos. Aquel intento de charla representó un reto para la reportera y el fotógrafo. Mientras que la enigmática *Reina*

*Mab* se esforzaba por obtener una declaración contundente, el afamado retratista Juan Ocón estudiaba el rostro hierático de María para conseguir un buen retrato. Además de la *Reina Mab*, Fernando Ramírez de Aguilar, uno de los grandes cronistas de aquella época, que publicó bajo el seudónimo de *Jacobo Dalevuelta*, intentó sostener otra entrevista con la *india bonita*.

En esta ocasión, la sección “Cartones y cosas vistas” ofrece a sus lectores textos enmarcados en aquella época, que dan cuenta de la mentalidad del México posrevolucionario y de su búsqueda por una identidad nacional que lograra incorporar las distintas etnias que formaban y forman parte de este multicultural y multifacético y país.

Por considerarlos de suma importancia, nos dimos a la tarea de transcribir dos entrevistas y un artículo de opinión, publicados el 2 y el 17 de agosto de 1921 —tanto para el diario, como para el suplemento cultural—. Éstos dan cuenta de la desconfianza de Bibiana Uribe, de sus gestos rígidos, de su timidez e incomodidad. Su personalidad desconcertó a los reporteros de *El Universal*, que tuvieron que echar mano de toda su habilidad para obtener unas cuantas palabras de su interlocutora, que gustaba más del silencio y de la paz de su lugar de origen. Al final, ambos recurrieron al detalle, a la descripción del personaje. Podríamos calificar estos textos como un perfil de la *india bonita*, puesto que ambos incluyen tanto la descripción del personaje como las interpretaciones de los periodistas.

En esta sección, y como parte de esta misma historia, hemos decidido incluir el artículo “La venus india”, escrito por Manuel Gamio, en el que se plasman las reflexiones de este notable antropólogo sobre la belleza de María Bibiana Uribe y los conflictos que en materia de estética representaba su figura, pues iba en contra de los estereotipos greco-romanos que imperaban en la academia y en el gusto popular.

*Arturo Ávila Cano*  
Investigador independiente

**Vista Pedagógica**

esta manera puede darse al discípulo una  
buena impresión que por la exhibición de  
preparados o por una ojeada al microscopio  
no para el que otros se estudian las  
fotografías. En lo que respecta a las  
fotografías, la película es mucho más  
apropiada, pues nos revela el mundo  
acabado en su continuo movimiento y su  
ampliación tan inmensa que nos da



Las sombras chineces en un cuadro de  
Perrault

un cuadro muy claro de los más po-  
sibles organismos y de su vida.  
En el servicio la película. La gran  
"artística", de la "Nueva Sociedad In-  
dustrial", indica el empleo de todas  
las plantas y los trabajos del cultivador  
laboratorio. Debe entenderse que estas  
las son de la mayor importancia para  
el agricultor moderno y debe considerarse  
a ninguna escuela de ingenieros agrónomos  
pueden representarse prácticas y las  
con tanta precisión como en la película.

En Alemania se ha reconocido esta  
y la "film" agrícola, fotografiada bajo  
la dirección de un conocido agricultor y  
como hábito. Así usada en sociedades  
las, escuelas, etc. Últimamente, el  
"Instituto Central de Berlín para el ad-  
vance de la instrucción", recomendó también esta  
para su representación en escuelas  
de niños y en otros establecimientos  
de maestros. Por supuesto, la película  
no ha quedado a la zaga de la  
gran ventaja que ofrece la repro-  
ducción cinematográfica de empresas mo-  
dernas.

El "film" instructivo alemán se ha pose-  
servicio de distintas causas, y pene-  
trando en todas las clases de la  
pues también los cineas han sido  
influencia que estas películas ejercen  
entre el público. Después del abuso de  
emocionantes y sensacionales, el pú-  
blico ve algo "que le instruya para  
la vida o que le ayude a recibir en él una  
presión estética".

(De la "Gaceta", de Nuremberg).

**HOTEL FENIX**  
MEXICO, D. F.  
Número 54  
CADALAJARA, JAL.  
López Cejilla, 289 a 291  
Confort, Aseo, Belleza.  
Elegancia y  
PRECIOS MODICOS  
AMIREZ y URZUA  
en las comodidades y el lujo de  
los hoteles americanos  
SCRIPUSLOS MORALIDAD  
HOTELEROS MAS ESPERANZADOS  
MAS CENTROS DE AM-  
BIENTES CIUDADES



He aquí a la "India Benítez". Ha llegado a nosotros acompañada de su abuelo, un indio de pura raza "Mexicana", que se habla español. Viene de la Sierra, donde nació y vivió y aún trae el "huipil" atado a su cintura. Hoy posee tres mil pesos y una enorme cantidad de obsequios, y al verse rodeada de tanta gente desconocida, piensa en la leyenda del bello príncipe Teoatláhuac, que unió sus destinos a los de una plebeya que tenía un nombre de flor. Se llama María Bibiana Uribe y tiene diez y ocho años.





MARIA BIBIANA URIBE.  
"LA INDIA BONITA"  
FOT. I. RODRIGUEZ AVALOS.  
5A. TACUBA 76.  
MEXICO. D. F.



**Lo eterno femenino. María  
Bibiana Uribe opina...**

Por la Reina MAB  
(*El Universal Ilustrado*, 17 de agosto  
de 1921, p. 27)

Bibiana es muy joven, un poco delgada y pálida. Tiene una piel limpia, olorosa a jabón y una boca pequeña que no es muy amiga de las sonrisas. ¡Ah! Es mucho mejor que como la sacan los fotógrafos.

Aquí está ahora, frente a mí, que le digo con suavidad suplicante:

—Sonría usted un poquito Bibiana. ¿No sabe que así se ve mejor?

Ella me mira, pero sólo sonrío con los ojos. Yo la atiendo con mucha finura, porque sé que es menor que yo, y las mamás dicen que a las personas menores hay que tratarlas así.

—¿Le gusta mucho pasear por esta ciudad?

—Sí, pero hay mucho revoltijo.

—¿Revoltijo? ¡Ah!, sí, revoltijo.

Procuró llevar la conversación por otro camino.

—Esta noche la obsequian a usted con una función en el Teatro Principal.

Interrumpe:

—Y con cena.

—Vamos —prosigo— ya se anima un poco.

¿Le agradan a usted mucho estas cosas? Me cohibo. No sé cómo debo hablar para hacerme entender de Bibiana. Ella no me contesta. Pregunto de nuevo.

—¿Va usted a estar muy contenta en el teatro y en la cena?

—No, a mí me da mucha vergüenza estar entre tanta gente.

—Pero si la gente no hace nada. Usted en su pueblo ¿no frecuentaba a sus parientes y amigos? Me entristece, porque no tengo habilidad para hacer que me comprendas.

—¿Tiene usted muchas amigas Bibiana?

—No, yo nunca salía; siempre estaba tejiendo mi...

—“Mi”, ¿qué me dijo? Una palabra larga, creo que con “h” y “j”; ¡Oh! Pero muchas.

—El fotógrafo ¿no le da vergüenza?

—Sí; quiere que me ría y yo no puedo.

—¿Pero es que es usted muy triste? ¿Tiene penas?

—No, yo no puedo.

—No insisto más. Ella sonrío con los ojos. Le examino con curiosidad el traje, las trenzas alrededor de la cabeza, los pies descalzos y limpios.

—¿No le gustan los zapatos?

—Si me gustan. ¿A usted no le aprietan?

—Me hace mucha gracia esto, porque los uso un poco más pequeños que el pie; creo que no se nota que me aprietan. Contesto a Bibiana.

—Sí, me oprimen mucho; desearía mejor andar descalza como usted.

—Yo no, me acaban de dar unos, pero no quiero ponérmelos.

—¿Por qué?

—Porque dice mi madre que con este vestido no sienten.

Yo pienso que tiene mucha razón.  
—Oiga Bibiana ¿Le gusta mucho que salga su retrato en *El Universal*?  
—No, porque luego la gente lo rompe.  
Creo que ninguna mujer había tenido esta franqueza para contestar.  
—¿Sí? ¿Usted piensa mucho en la gente? ¿Por qué?  
—No sonrío ni con la mirada.  
Calla. Examina los retratos que hay en la pared.  
—Son muy buenos, ¿Verdad? Muy artísticos.  
—Sí —contesta dulzona— pero yo no sé decirlo.  
Y sigue examinando los retratos. Coge un pequeño álbum, pero luego lo deja. Ve un libro, se fija en las letras y me mira.  
—Son versos, le digo. ¿No sabe leer?  
—No.  
—¿Nunca ha ido a la escuela?  
—Yo no sé.  
Abre el libro y comienza a hojearlo  
—Así vi uno allá a donde estoy —dice, y lo cierra.  
—Con ella teje mucho, ¿eh? Debe hacerlo muy bien.  
—Ni tanto, saber mejor mi madre.  
—Es natural. Tendrá más práctica.  
Y de nuevo Bibiana no me entiende. Ocón se acerca y le indica cómo debe estar. Ella obedece con mucha docilidad.  
—Sonría un poco, dice el artista.  
—Ella me mira.  
—No puedo, no me gusta enseñar los dientes.

—Bueno —digo con suavidad— no los enseñe, pero sonría. Es usted media rebelde.  
—Yo no —dice mirándome con seriedad.  
Y yo, como ustedes, adivino qué clase de rebeldía imaginó Bibiana.  
Ocón la estudia, mientras le digo que hoy si va a salir muy bien, porque este caballero es muy artista. Creo que se complace un poco, no al grado de sonreír.  
Me dice sin mirarme.  
—Sí, pero la gente los rompe.  
Y yo para entretenerla:  
—Sí, pero hoy no los romperá, porque se va a poner una nota al pie de cada retrato: “Guárdense cuidadosamente”. ¿Le parece bien?  
—Sí— y sonrío con los ojos.  
Me pongo a examinar la “jícara” que lleva Bibiana. Sin que la interroge me explica.  
—Es para beber agua. Así se hace en mi pueblo. No crea que se destiñe. Beba agua y verá.  
Murmuro un “sí, después”, y comienzo a arañar ligeramente la “jícara”. Bibiana lo nota, y me mira con atención. Se ve sus manos.  
—Usted tiene...  
—¿Las uñas muy largas?  
—interrumpo.  
—Sí, ¿y para qué?  
—¡Oh! —respondo complaciente— para arañar.  
Y entonces, Bibiana sonrío con la boca pequeña. (Creo que Ocón lo aprovecha).

Mientras tanto, piensa una cosa que no me quiere decir.

—Aquí las mujeres arañan. ¡Esta ciudad es un revoltijo!

### **Mi entrevista con la India bonita**

Por Jacobo Dalevuelta

*(El Universal. El Gran Diario de México, 2 de agosto de 1921)*

La vi desde que llegó a nuestras oficinas. Su belleza es deslumbrante. Venía acompañada por tres personas: una, su abuelita; las otras dos, sus padrinos. Desde que bajó del automóvil pensé que difícilmente podría presentarse en el concurso otra aspirante que reuniera tan espléndidamente, belleza, sangre indígena pura, juventud y discreción. Bibiana Uribe era digna de ser proclamada la India más bonita de México. Venía llena de humildad, medrosa, con timidez que no pudo dejar allá, en la lejana serranía del Estado de Puebla, de donde es oriunda.

Entró hasta las oficinas de la Dirección del periódico, ocupando uno de los asientos destinados a las diez indias bonitas entre quienes los señores del Jurado tenían que seleccionar a la estrella.

Vio allí a sus competidoras en lozanía y belleza. Su candor natural

la hizo no mirarlas con altivez. Por el contrario, asomó el blanco de sus dientes perlados en una natural sonrisilla exquisita.

Fue una de las pocas veces que no me he equivocado. Cuando momentos más tarde fui llamado por la Dirección para encargarme de hacer la entrevista con la delicada flor de campo representativa de la noble raza de nuestros mayores, me sentí desconcertado. Y ese desconcierto se acrecentó cuando el señor Pérez Taylor me indicó que era la reina de la belleza indígena, aquella exquisita joven a quien había visto descender del automóvil, acompañada de otra indígena anciana y de un señor y una señora de aspecto señorial pueblerino.

Seguía desconcertado. Yo he ido a interrogar a muchas personas. Políticos, artistas, desocupados. Desde los más altos personajes de la sociedad hasta los más humildes, hasta los mendigos que van por la calle alargando la mano en espera de la dádiva, pero no había estado en presencia de una muchacha a quien la República reconocerá desde hoy como la más bella india del país.

### **Comencé por verla...**

Lo primero que hice fue verla de tal modo que no la sorprendiera. Quería encontrarle algún detalle, que me pudiera hacer comprender hasta

dónde podía yo interrogarla.  
Y bien, Bibiana Uribe tiene el candor de una virgen, la belleza de la flor del Yolochilt (*sic*) y la hermosura de una favorita de Harem de un Sultán del ensoñador país de Oriente. Inspiraría un hermosísimo cuento árabe digno de figurar en el libro de *Las Mil y una Noche* del doctor Madrus.

Las once indias gentiles fueron arregladas por los fotógrafos para las “poses” correspondientes. En medio de ellas fue colocada la más bella, la gentil Bibiana, quien aún no se daba cuenta de que una Hada Buena de aquellas que deben vagar por las serranías de Necaxa, la estaba protegiendo.

Yo noté que algunas de esas muchachas de las razas aborígenes, veían de soslayo a la más hermosa y bajaban la cara. ¿Tristeza? ¿Admiración? ¡Quién sabe! Es difícil penetrar en el misterio del alma de la mujer.

### **Y cuando concluyeron los fotógrafos**

—¿Cómo te llamas?

—Bibiana Uribe

—¿Dónde naciste?

—En San Andrés Tenango, por Huauchinango, en la Sierra.

—¿Es muy lejos tu pueblo?

—Muy lejos señor.

—¿Cuántos años tienes?

—No sé, señor. No sé.

Al oír esta respuesta sentí cierto malestar. En las ciudades nos han enseñado a no interrogar sobre su edad a las mujeres; pero en esta ocasión no tenía nada de malo. Era indispensable saber la edad de aquella flor exquisita de la serranía poblana.

Reflexioné. Bibiana me había dicho sinceramente la verdad. No tenía razón para saber su edad. ¿Qué le importa a ella tener quince o veinte años?

En sus montes, bajo la sombra protectora de los grandes pinales, entre el aroma exquisito de las gardenias y ante la contemplación de la naturaleza que ha dado tantas cosas bellas, a esa serranía. Bibiana vive tranquila y feliz, levantándose muy de mañana a recibir el saludo del sol y la caricia de la brisa mañanera.

Va por los bosques cantando la canción de la vida, viendo el amor de las aves que se mecen en el ramaje. Va recogiendo flores, para llevarlas a la iglesia del pueblo.

—¿Tienes novio, Bibiana?

—No contestó. Sus mejillas brunas se coloraron repentinamente. Yo noté que dejó ir a los vientos un suspiro. Bajó los ojos; se puso nerviosa...

—Dime, ¿tienes novio? ¿Cómo se llama tu novio?

—Yo no lo conozco señor. No lo conozco...

### ¿Cómo quiere usted que enseñe los dientes?

El artista Arriaga, insinuó tomar una fotografía de Bibiana cuando le sorprendiéramos una sonrisa, que exclamara su bella cara dándole toda la expresión de su campestre alegría.

—¿Le pediste a la Virgen que te hiciera el milagro?

—Sí, señor. Ya me lo hizo.

—¿Qué le regalarás a la Madrecita?

—Pos, no un regalo, una cosa bonita.

—¿Tan bonita como tú?

—Yo no soy bonita, señor. Ella sí.

### Donde me habla de sus vestidos

Yo creo que la parte más interesante de mi entrevista fue el momento en que ella soltó su lengua para platicarme. Me habló de su rústico vestido.

Esto, me dijo, se llama “Kiskume”. Yo lo hice todo. Mire usted sus dibujos: tigres, águilas, caballas, pájaros, ángeles, flores. Este es un caballo donde va montada una señorita. Este Kiskume sirve para taparse la cabeza.

—¿Qué llevas encima de la cabeza?

—Mi jícara, señor. Y me mostró una jícara roja como sus labios.

—¿Y esto, qué es?

—Esto se llama “Titixcle” de lana. ¿Y esta otra prenda?

—Esto se llama Camisa “pepeando”, y es de seda. Fíjese usted.

Todos mis compañeros estaban presentes. Yo veía a Hernández Llergo en aquellos momentos y había perdido su palidez de siempre. Los otros también estaban oyendo aquella sencillísima explicación del vestido montañés.

—Pregúntale si tiene novio, casi me gritó Ruiz Sandoval.

—Pero repitió otra vez que no lo conocía.

Bibiana estaba fatigada. Sus ojos negros como la obsidiana brillaban como estrellas. Tenían secos y lustrosos los labios; sus brazos y sus manos temblaban ligeramente. Guardó un gran silencio y produjo un gran suspiro, intenso y ardiente.

—No suspire Bibiana. Lo volverás a ver pronto. Te está esperando en la Sierra.

Ella no respondió ni una palabra; pero no rectificó tampoco.

Y eso que “no conoce al novio”.

—Por último, dime ¿Qué vas a hacer con los tres mil pesos de *EL Universal* y los obsequios que te harán?

—Pos... que diga mi madrina. Yo quiero comprar mi terreno, mi casita, mis animales.

—¿Eres feliz, Bibiana?

—Pos... quen sabe, señor quen sabe.

—Sabes lo que es ser feliz.

—No, señor Qu`es eso?

## La venus india

Por Manuel Gamio

(*El Universal Ilustrado*, 12 de agosto de 1921, p. 19)

¿Es en verdad una bella mujer, Bibiana Uribe la “India Bonita”? ¿Es representativa del tipo de hermosura femenina? Estas preguntas aparentemente sencillas entrañan, sin embargo, complejos problemas de estética bien difíciles de resolver. Para nuestro modo de pensar sí es Bibiana Uribe una mujer hermosa y encarna el tipo de belleza femenina en nuestro medio. Quizá a exclusivistas en materia de estética, no satisface esa opinión por más que sea justificada, según procuraremos demostrar.

La rutina pedagógica que priva en las Academias, ha tendido desde remotos tiempos a la implantación ilógica y artificial de cánones estéticos, es decir, se ha pretendido que las características morfológicas que para determinados pueblos señalan las dimensiones y aspectos armónicos del cuerpo humano, sean considerados como modelos o términos de comparación, fuera de los cuáles no existe ritmo ni belleza.

El poderío de las naciones influyó en esa tiranía estética, bastando recordar que los tres grandes pueblos que sucesivamente sojuzgaron al mundo en la antigüedad: egipcios,

griegos y romanos, impusieron también sus cánones de belleza humana. Después de la decadencia del arte de los primeros en que la unidad de medida para el cuerpo era el dedo medio, empezó a florecer el arte griego que con sus numerosos cánones echó por tierra la tradición griega, señalando el Dorifoto de Policleteo como el tipo estético fundamental.

Los romanos a su vez no adoptaron fielmente la herencia griega sino formaron sus reglas estéticas más o menos influenciadas por las de aquellos. Las diez caras o los seis pies que aconsejó Vitruvio (*sic*) como medida normal del cuerpo son cánones que hasta la fecha perduran.

Es perfectamente explicable que los griegos no hubieran adoptado como tipo de belleza humana al egipcio, puesto que perteneciendo a otra raza y a otra civilización, claro es que el tipo de belleza racial tenía que ser distinto para ellos. Algo análogo aunque menos pronunciado sucedió a los romanos con respecto a los egipcios.

La barbarie medioeval derribó cánones y conceptuó como bello lo que instintivamente parecía como tal, a cada quien, procedimiento que no por haber sido de bárbaros, dejaba de ser muy lógico.

El Renacimiento trajo a la luz los viejos cánones que por largos siglos se sucedieran en Europa, traspasando luego sus fronteras

hasta pretender implantarse exóticamente en aquellas regiones del Globo que eran conquistadas por la civilización europea.

Antes dijimos que fue lógico y explicable que egipcios, griegos, romanos y aun bárbaros, seleccionasen sus tipos de belleza humana de acuerdo con sus correspondientes características raciales y culturales. En cambio, parece ilógico que posteriormente, hayan sido adoptados los cánones estéticos griegos por pueblos que nada tienen de común en raza o civilización con los pueblos en que se originaron estos últimos. Tal es el caso en que países de la América Latina, donde en las minorías dirigentes, de ascendencia hispana, imponen en las Academias el tipo de belleza helénica, no obstante que quienes forman esas minorías no son griegos ni por sus antecedentes, si por sus características actuales de raza ni por los aspectos de su civilización. Pero aun suponiendo justificado ese minorista criterio estético de tipo clásico, ¿es lógico que a las enormes mayorías indígenas e indo-mestizas de esos países se les force a considerar como típicamente bellos, una Venus o un Apolo, no obstante que difieren desde diversos puntos de vista de los hombres y mujeres que constituyen esas mayorías? Está bien para quienes blasonan de exclusivismo neo-clásico, aceptar las ocho cabezas que según Cousin debe medir el cuerpo perfecto o las 7 ½ que indica

Somazzo o bien las 7 que señala Sappey en sus reglas de relativo carácter científico, pero sería imposible esperar que nuestros indios y mestizos aceptaran tales cánones, simplemente porque no corresponden a su ideal de belleza. Desde luego el color, la estatura, el rostro, la nariz, los ojos, etc... son unos en la raza caucásica que ha adoptado como tipo de belleza el clásico y otros en la raza amarilla-morena de América. Además, el alma, el espíritu, la mente, la emotividad de unos y otros, es distinta y se expresa de diferente manera, en la mirada, en el ceño, en la sonrisa.

Comprueba lo anteriormente expuesto la inusitada popularidad que alcanzó la "India Bonita", premiada en el concurso de *El Universal*. Concurso de bellezas blancas ha habido muchos en esta capital y en los Estados, pero el interés que despertaron fue local, y sólo entusiasmó a las minorías, que por sus condiciones de raza eran aptas para emocionarse estéticamente con tal motivo. En cambio, el triunfo de la "India Bonita" ha emocionado a todos; a las minorías blancas por lo original del caso y por cierta piadosa simpatía hacia la raza doliente; ésta (*sic*) última a su vez ha vibrado entusiasta e intensamente al mirar enaltecida a la virgen morena, en quien las multitudes indígenas sienten que alientan su alma ancestral y palpita transfigurada y florida, su pobre carne de párias (*sic*).